

FERVORÍN

CON MOTIVO DE UNA PRIMERA COMUNIÓN EN EL CONVENTO
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS DE
SAN LUIS POTOSÍ.

FERRORIN



TIEMBLO, Señor, al hablar en vuestra presencia. Mil y mil veces, por dignación vuestra, os he tenido en mis manos pecadoras; otras muchas he arengado al pueblo fiel, estando Vos expuesto sacramentalmente en el altar; y ahora vacilo al dirigir la palabra á estas cándidas niñas, que por vez primera van á acercarse á Vuestra augusta Majestad. Vuestro siervo David os pedía las alas de paloma para volar hasta vuestro celestial alcázar y descansar en vuestro seno: *quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo et requiescam?* y yo también quisiera que en este momento me concedierais alas, pero no de paloma ni para volar, sino las de aquellos serafines que vió el Profeta Isaías, para cubrirme, como ellos, el rostro, y ocultarlo á vuestras miradas. Dentro de breves días, hará cincuenta años que por primera vez os albergué en mi pecho, y

se han cumplido más de treinta y cinco desde que empecé á servirlos en los altares, y á comunicarme con Vos diariamente, y sin embargo, mi confianza, lejos de aumentar, parece que disminuye, y á semejanza de aquél vuestro siervo, que en su lecho de muerte apostrofaba á su alma, diciéndole aterrizado: 70 años has servido al Señor, y aún temes salir de este cuerpo; así yo, Dios mío, con gran confusión, me veo obligado á deciros: Después de tantos años de estar cerca de Vos, me encuentro cada día más indigno de poseeros, y no me siento con fuerzas para llevaros á la morada que en sus almas puras os han preparado estas cándidas niñas. ¡Oh, mi Creador y Redentor! Mientras más veo acercarse el día en que he de comparecer delante de Vos como Juez, más me estremezco al acercarme á Vos, aun como Salvador, y mis iniquidades me atemorizan y no puedo menos de deciros, con el mismo Isaías: *vir pollutus labiis ego sum*; mi lengua está manchada con pecados tanto más graves, cuanto más cerca he estado de Vos; ¿cómo haceros descansar sobre ella? ¿cómo desatarla para cantar vuestras alabanzas? ¡Oh, Señor! ya que vuestros serafines no pueden prestarme sus alas, dignaos enviar á uno que, con el hierro candente, purifique mis labios, como los del Profeta, y dadme valor.

¡Hijas mías! Vosotras sí pedid llenas de confianza y de celo, alas de paloma para volar á vuestro Salvador. Extendedlas valerosas, y venid á reposar al pie del tabernáculo. Aguardad allí la venida del Esposo, y

una vez que haya entrado á vuestra morada, guardaos bien de emprender el vuelo á las lagunas cenagosas del mundo que, por dicha vuestra, aún no conocéis. No nos imitéis á los viejos pecadores, que habiendo tenido al Señor, más que como Dueño y amigo, casi como siervo obediente á nuestros mandatos, *formam servi accipiens*, no hemos sabido estimar tanta dicha, y hemos desperdiciado tantas gracias. Bien sabéis á quién vas á recibir, bien sabéis lo que encierra el vaso de oro que está en el Altar. No es un pan, como otro cualquiera, el que va á alimentarlos. No puede compararse ni aun con los panes sagrados de la proposición de la antigua ley. No es una figura del sacrificio del Calvario, ni una memoria vana de la Ultima Cena. Es el mismo Jesucristo, real y verdaderamente presente bajo las especies sacramentales, con su corazón palpitante de amor por vosotros, el mismo corazón que late en el cielo á la diestra del Eterno Padre. Es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y que ha borrado ya vuestras faltas. Acercaos á Él, confesando vuestra indignidad; pero resueltas á no soltar á vuestro Bien, una vez que lo hayáis estrechado á vuestro seno: *tenui Eum nec dimittam*.

Para confirmaros en vuestras santas resoluciones; para haceros comprender mejor que éste es el principio de una nueva era; para grabar más profundamente en vuestras almas la convicción del deber que os incumbe de no desviaros jamás del camino que hoy empezáis, se os rodea de este solemne aparato, y

circundadas de testigos, y acompañadas de vuestros padres y parientes, se os conduce al altar en traje de esposas, y se entona junto á vosotras tierno epitafio.

¡Llegaos al tabernáculo, desplegad vuestras alas de místicas palomas! Vosotros también, padres y parientes de estas afortunadas niñas, acompañadlas en su vuelo. ¡Cuánto me place veros á su lado! Más me regocija todavía, el considerar que este no es un hecho aislado y singular, como en otros países en que predomina la impiedad y el indiferentismo, sino que se repite á menudo, y que con frecuencia entonáis en medio de vuestros hijos, el *Domine non sum dignus*, que ahora voy á pronunciar con vosotros.



PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, PREDICADO EN SU IGLESIA DE SAN

LUIS POTOSÍ, EL 4 DE OCTUBRE DE 1898.